

CARLISMO Y CARLISTAS EN EL RÍO DE LA PLATA

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

1. Ofrenda.

Al pisar por vez primera tierra española —en un tiempo en que devoré comarcas y cielos, sabor y color de España con un ansia vieja heredada de la de mis abuelos por volver a sentirlos— descubrí en una librería de Toledo un cuadernillo. En la ciudad titular de antiguos mayorazgos o primacía —con Santiago y Tarragona, y que yo seguía situando en la Castilla la Nueva que se tragó como tantas otras cosas la Segunda Restauración— encontré, repito, un cuadernillo que relatava la vida breve, pero fecunda, de aquel Manuel María González, con quien comparto un nombre y un apellido.

Manuel María González que dando el primer ¡Viva Carlos V!, abrió una senda —una «picada» que se diría en el Litoral argentino— que aún, pese a que por momentos pareciera cegada, continúa practicable a la espera de llegar a esa tierra prometida que será la de la recuperación y elogio de las cosas de España, por la que tantos «Manueles González» dieron su vida y muerte a lo largo de 175 años.

Confianto en que cada uno de ellos es un hombre con nombre ante Dios Padre, y que, como tal es acogido amorosamente por Su Madre y nuestra, a ellos van dedicados estos párrafos en los que vuelven a pasar por la memoria y el corazón la presencia española y carlista en tierras del «argentino reino», que dijera nuestro primer poeta, el arcediano Martín del Barco Centenera; y, para ratificar, también, la consigna que nos dejara Francisco Elías de Tejada:

«...el cotidiano gratísimo mandato de la sangre del espíritu: vivir en comunión con nuestros muertos españoles».

2. Excurso introductorio.

En primer lugar se hace necesario, inexcusablemente, citar los trabajos de Bernando Lozier Almazán, Luis María De Ruschi, Ricardo Fraga, Álvaro Pacheco Seré, que tratan de forma puntual e inmejorable determinados aspectos concretos que atañen al Carlismo y su repercusión en el ámbito rioplatense. Ahora bien, nosotros hemos querido, no sin cierto riesgo y audacia por nuestra parte, enfocar esta temática desde un prisma más amplio en la perspectiva, aunque eso sí, apoyándonos en una propuesta de Ignacio Hernando de Larramendi que lo llevó a encontrar, diremos, elementos «paracarlitas» en determinadas figuras —como citamos de memoria no damos ninguno de sus nombres, aunque estamos seguros de un par de ellos. Asimismo ampliamos el período trabajado por los autores citados hacia delante y hacia atrás.

Por tanto y como deberemos hablar de una o, si se quiere, dos «presencias», lo carlista y lo hispánico, parece oportuno primero tratar de establecer cual es el alcance del término en nuestra ponencia. En su *El extraño caso del fascismo español*, Stanley G. Payne deja planteado, a partir del título, el tema de la especial manera de expresarse, periférica y generadora de una nueva centralidad, que posee la cultura española ante los distintos desafíos con los que se fue encontrando a lo largo de su, por lo menos, trimilenaria vida. Porque no hay duda que tanto la lenta romanización, como la secular reconquista; el hecho del descubrimiento, conquista, poblamiento y evangelización de más de un continente, tanto como la defensa obstinada de la Cristiandad frente a la Protesta y los desertores del campo ortodoxo, o las victorias —dígase lo que se diga en los medios académicos o de masas, sobre Napoleón, con lo que ese nombre significa—, o el comunismo, nos hablan de una

«forma» original. Que por tanto expresará su presencia en el mundo, por medio de extraños casos.

Esta *more hispanica*, que ya conocían los romanos, encuentra registros académicos tan variados como el de Karl Rahner, Fernand Braudel, y Samuel P. Huntington, entre otros, sin perjuicio de manifestarse también en lo artístico —desde el romancero hasta el flamenco, desde la mística hasta los toros, pasando por El Greco, Velázquez y Goya— debiendo tenerse en cuenta el esfumado límite que en este aspecto rige entre los hispanos entre alta cultura —mejor académica o especializada— y cultura popular. Por ejemplo Rahner, teólogo progresista, decía: «Fuera de los países ibéricos hoy no se puede hablar de naciones cristianas»¹. Por su parte Fernand Braudel encuentra como caso prácticamente único en la historia la noción de «casi fraternidad de las razas» que describe así: «América Latina [para nosotros sería mejor hablar de Iberoamérica o América Luso Hispana ya que la proposición braudelianna no la vemos cumplida en el caso testimonial haitiano que sería lo único que justificaría plenamente la utilización del término Latina] ha sabido, en todo caso, resolver, o por lo menos (a pesar de las reticencias, de los retrasos o de las restricciones mentales), está a punto de conseguirlo, una de las más graves que se le planteaban: el problema de las razas», agregando «...en pocas partes del mundo, por no decir en ninguna, se ha conseguido algo mejor o ni siquiera un equivalente. Esto supone ya un éxito inmenso»². A su vez Samuel P Huntington afirma la centralidad española, paradójicamente al verificar lo que podríamos denominar «deserción» de dicha centralidad³.

¹ Citado por Prudencio DAMBORENA, *La salvación en las religiones no cristianas*, BAC, Madrid, 1973, p. 434.

² Fernand BRAUDEL, *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Tecnos, Madrid, 1966, p. 376.

³ Samuel P HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997, p. 30.

Contrario sensu, en numerosas ocasiones los sectores de izquierda, en principio, y luego los de la derecha autodefinida como civilizada y europeísta, han reaccionado con fiera indignación frente a aquella *more hispanica* que ellos consideraban como *Spain is different*, que de simple aviso turístico —de innegable eficacia por cierto— devino en una especie de resumen sintético de la histórica y compleja relación entre España —y Portugal— y Europa; y que en todo caso sería una condensación de esa presencia de lo ibérico en la historia y de su manera particular de manifestarlo, como decíamos más arriba y que ellos rechazan horrorizados.

Unos y otros, negarán, y renegarán, de la diferenciación, proclamándose, sin más, europeos, simplemente europeos, tal y como lo podrían ser un alsaciano o un parisino, un lombardo o un bávaro, un esloveno o un croata. Claro está que no se puede negar determinada pertenencia tanto geográfica como cultural al continente europeo; pero tampoco se puede olvidar que durante un tiempo histórico, bastante extenso por cierto, el horizonte geopolítico contenedor de la Península fue el Mediterráneo, en sus dos orillas, más que ningún otro marco. Lo que compartió con Grecia, Roma, Fenicia, Egipto, etc. Por lo tanto «europeos», sí... pero ¿desde cuándo y hasta dónde? ¿Cómo olvidar aquella África «agustina» tan similar a nuestra Andalucía? ¿Y qué decir de la relación varias veces centenaria de España y Portugal con sus proyecciones ultramarinas en África y América, en Asia y Oceanía? ¿Cómo desconocer, tan ligeramente, la Hispanidad sistematizada desde Ganivet hasta Maeztu, pasando por Unamuno y Vizcarra? ¿Cómo olvidar a Antonio Sardinha? ¿Cómo no tener siempre presente el lusotropicalismo y el doble hispanismo aseverado de Gilberto Freyre y Galvão de Sousa?

No va por ahí la cuestión. De una manera absolutamente sesgada en la mirada, se juzgará la historia de las tierras ibéricas con una lente doble que a la vez que hace casi imperceptible determinadas parcelas del conocimiento, amplía otras en forma desmesurada. Así se llegará a limitar la validez del término «España» al

lapso del reinado de los Reyes Católicos, según mosén Xirinacs en las Cortes constituyentes de la «Segunda Restauración», al que diera tan rotunda como poco políticamente correcta respuesta Camilo José Cela, como nos lo recordara Jiménez Losantos en su *Lo que queda de España*, o se fijará, arbitrariamente, el inicio de la misma y atormentada España en las Cortes gaditanas de 1812, con su experiencia constitucional.

Por el contrario, Cataluña celebrará milenarios y confirmará identidades macizas, esenciales, y por remate, progresistas. Y habrá milenios varios gallegos. Y Euskalerrías perdidas en la noche de los tiempos. Y guanchismos indelebles en Canarias. Y hasta culturas calés heredadas en línea directa y sin solución de continuidad desde la emigración indostánica. Por supuesto las tres culturas convivientes en el medioevo tendrán características distintas, y en Al-andalus, mientras judíos e islámicos crearán y compartirán una cultura maravillosa en idílica utopía, unos seres hirsutos y brutales, que, por de contado no son españoles —en demostrar la imposibilidad de que haya vínculos entre *hispani* y «españoles» se dedicarán bibliotecas enteras— sino «cristianos», que, claro, serán los sempiternos destructores.

Produce extrañeza que los herederos de «galegos enxebres», y de «vascos euskaldunes» y de «catalans de soca», no echen en cuenta, que esos mismos hirsutos y brutales predadores son ellos mismos, o mejor dicho sus antepasados. Pero es que, para la operación de acoso y derribo de la identidad hispánica todo vale. Mucho sabe de esto la que fuera América española y luego Hispano o Iberoamérica. Todo se remite en muchos casos a usar y abusar de la letra «k» o eliminar «zetas», a disminuir a los filósofos, y desconocer en su conjunto a la filosofía española, mientras se asigna calidad de esa misma especialidad a meritorios intérpretes folkóricos o letristas del cancionero popular «latino», claro que sin «faces» ni misa tradicional.

En otros casos se utilizan técnicas de denigración de mayor calado, la infatigable repetición de la leyenda lascasiana, la ter-

giversación de los datos demográficos —¿cómo explicar que en Filipinas no hubo derrumbe demográfico, siendo los mismos los conquistadores, sino por la evidencia de que los pueblos del archipiélago oriental eran, en razón de su comunicación con Eurasia inmunes a las enfermedades que portaban los españoles?—, la mitificación de las culturas precolombinas, la negación de los trescientos años de construcción indiana —reconocido por dos figuras tan diversas, pero tan importantes para el ideario sedicente «latinoamericanista», como Simón Bolívar y Juan Bautista Alberdi. Aún la falsificación de la calidad hispánica de los movimientos más importantes y populares de América, de sus teóricos y conductores. Así, la auténtica base reivindicadora de instituciones virreynales que subyace en los mejores momentos de la Revolución mexicana, tan criticable por muchos otros aspectos (reivindicación de los ejidos, obra educativa de José Vasconcelos, y hasta mano tendida de Cárdenas a los perseguidos «cristeros», etc.) o del hispanismo en general en determinados pensadores políticos colombianos: López Michelsen, Liévano Aguirre, Corsi Otálora; o de movimientos populares tales como el herrerismo, el ibañismo y el peronismo en el extremo sur de América.

Claro que para el hombre que viniendo de fuera de esta «inexistente» presencia y por tanto incapaz de generar ninguna cultura universal de cuño propio, las cosas toman un cariz un tanto distinto. Digamos que para un, concédasenos la acuñación del neologismo, «extra-ibérico» o «no-ibérico», es la hispánica, o ibérica, una de las unidades mayores claramente perceptibles en el mapa universal, tal como lo percibiera en su momento Carl Schmitt.

Vale de todos modos introducir un matiz con la cita de un hombre de izquierdas y «nacionalista», Castelao, que afirmó, citamos de memoria: «Soy español, porque soy gallego y gallego porque soy español, y si no me dejan ser, así, ambas cosas, soy nada o nadie.»

Valga repitamos esta precisión por un pensador que pese a todos sus yerros, conservó ciertas conexiones profundas con la

auténtica tradición gallega, e hispánica, tanto como cierta pertenencia cristiana que no hacía más que vincularlo con su identidad primaria. Luego donde se dice «español», digamos «hispano», y donde «gallego» «criollo», y podremos poner en blanco sobre negro lo más hondo de la problemática iberoamericana en cuanto a aquella presencia.

En resumen, lo que se quiere negar es la existencia de un «micromundo», las Españas, gestadas en la reconquista y conquista, confirmadas en la diferenciación antagónica con el mundo moderno, y por tanto con la Europa que lo hizo nacer. Se niega esa realidad «católica», porque es la única verdadera cuestionadora de aquél, con posibilidad de eficacia. Para prueba el carlismo, en su casi bicentenaria vida. Ése es el «signo de contradicción». Veremos un esquema de su vigencia en tierras sudamericanas enmarcándolo en la «presencia» hispánica más general o abarcadora, en razón de la misma experiencia histórica.

3. Cronología analítico-motivacional de la presencia del carlismo y los carlistas en el Río de la Plata (a la manera de Luis Corsi Otálora).

Planteada, sumariamente, la existencia de una presencia hispano-ibérica en el mundo, lo que no es tan obvio en muchos ámbitos tal como lo acredita la ausencia de los nombres de españoles, portugueses e hispanoamericanos en importantes documentos tales como la *Historia de la filosofía* editada por la editorial Siglo XXI — ¡en español! — o la omisión del teatro español, en el clásico *Las dos carátulas* de Paul de Saint Víctor, por poner dos ejemplos distantes en tiempo, temática y enfoque; se trata de verificarla como elemento fundamental en la historia rioplatense entre 1825 y 1955, período escogido por razones que luego se explicitarán, subrayando en esa presencia los elementos que por razones de comodidad calificaremos como tradicionalistas, de forma destacada en sus

componentes religiosas —catolicismo—, y políticas —monárquicas— en especial carlistas. De algún modo siguiendo lo postulado por Ignacio Hernando de Larraemendi en su momento, como afines al carlismo, al menos en algunos aspectos, y no de los menores.

Para tratar de probar nuestra afirmación —y un poco al modo de don Luis Corsi Otálora en su «Cronología analítica motivacional del proceso independista en Hispanoamérica»— trataremos de realizar un ordenamiento temporal de los hechos que la aseveran.

4. La (In)dependencia.

Don Julio C. González, en su libro en prensa *La involución argentina. De provincias hispanoamericanas a territorios vasallos*, cuyos originales tuvo la infinita y generosa deferencia de darnos a leer, pone, sin eufemismos, en su sitio al proceso que pronto tendrá su bicentenario y que parece que más conviene, por sus resultados caracterizar tal como se hace en este subtítulo, y que resultaría en la dependencia, tanto como que mejor será reflexionar sobre él que celebrarlo acríticamente o utilizarlo para respaldar situaciones demasiado coyunturales o para elaborar nuevas utopías, probablemente tan fastuosas en su concepción como pobres en sus resultados. Lo que el autor citado en este párrafo denomina independencia «cromático-musical», esto es la mera posesión de colores, escudos e himnos nacionales, reiterativos en su alusión a raíces indígenas y propósitos libertarios.

Y así vale aclarar que el mismo considera «la guerra de la Independencia» simplemente como una «guerra de secesión», como la de medio México a favor de los EE.UU. Así de simple: Sudamérica a favor del imperio inglés. Sin más: «La cosa está hecha, el clavo está puesto. Hispanoamérica es libre y si nosotros no gobernamos tristemente nuestros asuntos, es inglesa» (George Canning).

Ahora bien, no todos estuvieron de acuerdo con la «secesión», o «libertad» conforme la cita del Primer Ministro inglés, sobre

todo entre los más entendidos, y los más pobres. Como en Belén, pastores y reyes. Donde decimos reyes pongamos «nobleza», donde pastores «pueblo», sin olvidar que los reyes también son pueblo. Tan así, que claro lo tenía para la Península el general San Miguel —afamado autor del «Himno de Riego»— cuando decía: «... nosotros [los liberales] éramos un ejército, ellos [los carlistas] eran un pueblo».

Así es legítimo hablar de una lealtad señorial o de los nobles, compuesta por los funcionarios reales, y, en el sentido más claro y apropiado al lenguaje de la legislación de Indias, los descendientes de los conquistadores o «beneméritos de la tierra» por otro. Desde la criolla principal, María Antonia Bolívar, entre los últimos, pasando por un Lucas Alamán o un Pedro Vicente Cañete hasta un Francisco Javier de Elío, un Juan Gutiérrez de la Concha, o un Francisco de Paula Sanz, entre los primeros.

Y luego, el pueblo llano, todas «las negradas, indiadas y criollajes», que hemos querido sintetizar en nuestro trabajo sobre «los Pincheira» de Chile y de la Argentina, sin omitir a los Boves, Agualongo, Huachaca, etc. De todos modos no se debe olvidar que siempre entre estas partidas anduvieron entreverados no pocos peninsulares e isleños y, aunque no se crea, hasta algún gitano.

5. La resistencia realista.

El Padre Grenon, S.J., cuyo trabajo utilizaremos más adelante, empleó este nombre en un estudio que editara la Universidad de Córdoba (Argentina) y en el que recogió diversos episodios que testimonian la fidelidad de numerosos habitantes de América ante el proceso de secesión. Es de importancia suma verificar en esa resistencia fidelista la presencia y protagonismo de civiles: criollos o peninsulares, naturales —o sea indígenas— y africanos. Y como es de cajón, en el escenario geográfico al que hiciera referencia Brau-

del, el vasto mundo de las castas, término que debemos recordar tenía una significación bastante distinta de la que hoy concebimos al enunciar ese término.

Este fidelismo puede, a efectos de su mejor comprensión, ser dividido, como ya anticipábamos, en dos que, convencionalmente se podrían denominar como la fidelidad señorial y el pueblo godo. Debe reconocerse que otros cortes sociológicos se podrían practicar. Sin embargo parece ser apropiado el elegido porque permite, en principio, derrumbar algunas falacias de uso común y actualizado. Así, el aficionado a los relatos históricos argentinos Pacho O'Donnell, de gran éxito editorial, al recordar la figura de los hermanos Pincheira, simples hijos de un suboficial y ellos mismos hombres de campo, los supone en un irreal viaje a España en la cual habrían recibido entrenamiento militar. Esto es, no concibe la extracción social o la criollidad de los paisanos realistas. Paradójicamente no repara en el «real» viaje de estudios a Inglaterra de don Bernardo O'Higgins, ni siquiera en la posibilidad de crecimiento social que poseía en la tan denostada sociedad hispana un hijo natural, ya que él lo era del que fuera Capitán General de Chile y Virrey del Perú, don Ambrosio O'Higgins. Este caso toma características patológicas en el personaje de Bernardo de Montegudo, hijo de español y esclava negra, que enviado por su padre a la Universidad de Chuquisaca, donde llegará a obtener su título de Abogado —piénsese al respecto en el mundo anglosajón por aquellos años—, y que devendrá en el verdugo implacable de los compatriotas de su padre, o de los de él mismo, que permanecían fieles al Rey.

De algún modo, y hasta donde sea posible, se trata no de analizar a los ejércitos, oficiales, clases y tropa que llegan de España —aunque de hacerlo se verificaría qué pocos fueron— y que cuando pudieron realmente volcar la situación —sublevación de Riego en Las Cabezas de San Juan mediante— fueron neutralizados, y de qué manera se logró ello, sino, repetimos, centrar la mirada en los habitantes de los reinos de Indias que desde el portal ártico de San

Pedro de Nookta, de tanta solera catalana, se extendían hasta el antártico de la Isla Grande de la Tierra del Fuego.

La fidelidad señorial existió, como decíamos arriba, y de algún modo se puede dividir en dos grandes grupos, como también decíamos: los funcionarios públicos y los particulares notables. La historia argentina por ejemplo encarna esa dualidad en las figuras de Santiago de Liniers y Martín de Álzaga. Y no es que este último no ejerciera la función pública —fue Alcalde de Primer Voto en la hora más gloriosa de la ciudad de la Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires, su reconquista y defensa frente al invasor inglés—, sino que ha quedado en la memoria colectiva como ejemplo del gran señor español, creador de familia, empresas y fortuna, que todo lo pierde por su empecinada lealtad.

Este esquema se puede repetir con don Antonio de Abascal, virrey de Lima de estirpe y nación asturiana, por un lado, y María Antonia Bolívar, la hermana-enemiga de Simón, constante en su fidelidad realista y símbolo de la aristocracia criolla, a la que se conoció —remedando motes de hembras castellanas medievales como el de doña María la Brava— con el apelativo de «la criolla principal».

Se podría agregar a Agustín de Iturbide y a Lucas Alamán, en la Nueva España, como otra alternativa en la que concurren ambas calidades, del mismo modo que lo hacen en el último gobernador realista de la argentina intendencia de Salta del Tucumán, el criollo Domingo Severo de Isasmendi y Echalar.

El levantamiento de este censo, en definitiva, no tiene otra intención que plantear la vastedad y la importancia de la resistencia realista, criolla en su gran mayoría, a la que nosotros entendemos como antecedente inmediato del carlismo, a punto tal que en nuestro trabajo sobre los Pincheira nos animamos a calificarlos como protocarlistas; legítimo nos parece extender la noción a todos los nombrados, del mismo modo que Rafael Gamba ordenó en este sentido a la «guerra realista», en el campo de los conflictos entre Revolución y Tradición que marcó, y marca, la historia de las Españas.

6. Federales, unitarios y españoles (dictaduras tradicionalistas republicanas y proyectos monárquicos).

El período que abre la muerte de Bolívar, coincidente con la ascensión en Buenos Aires de la dictadura rosista, y que cierra en el continente hispano, de algún modo, el triunfo de los liberales en México —con el fusilamiento de un dubitativo Maximiliano que además nos dejó el nombre de América Latina como póstuma muestra de su hamletiana condición, siendo como era heredero de la estirpe de los Reyes Católicos y del primer Carlos de las Españas— y el asesinato de García Moreno en el Ecuador, culminará en el Río de la Plata con la derrota del Paraguay de los López en la Guerra de la Triple Alianza, tanto como con la liquidación de los últimos grupos de montoneros federales en la Argentina como en el Uruguay.

El ciclo fue cerrado por el sangriento final de Felipe Varela, López Jordán, etc., que se prolongará, extrañamente hasta 1904 en la rebelión de Aparicio Saravia en su tierra oriental, en cuyas filas no faltaron voluntarios carlistas: recordemos por ejemplo a Jerónimo de Amilivia, general de los ejércitos uruguayos que desde 1842 se incorporara al Partido Blanco, con sus compañeros, también oficiales carlistas Bazterrica y Gurruchaga, y quien halló especial mención en el año 1848 cuando en las costas de Arzaite con solo 50 hombres impidió el desembarco del célebre Garibaldi, héroe de todos los revolucionarios del mundo en ese siglo, de algún modo parangonable en finales del siglo XX y comienzos del XXI al «Che» Guevara.

Fue este ciclo el de una lucha intermitente entre lo que se podría denominar «proyecto liberal completo» —teniendo como paradigma a la Reforma y juarismo mexicano— frente a la constitución de movimientos políticos de base pragmática encabezados por restos de los elementos que caracterizamos como de fidelidad realista, o afines. El citado Rosas, Oribe en el Uruguay —con su Guardia de euskaldunes—, Alamán y sus continuadores en México, o Carreras en Guatemala unen a cierta «nobleza residual»,

patriota o realista, con los restos del pueblo realista o patriota constituyendo lo que denominamos «dictaduras tradicionalistas republicanas», y que el argentino Sarmiento caracterizó como «el partido de las ideas godas» aunque en muchos aspectos no nos encontramos más que con un proyecto liberal incompleto, o si se quiere heterodoxo porque porta en su entraña ideas tradicionales. Caso arquetípico el argentino José Hernández, autor del celebrado «Martín Fierro», en el que se combinan defensa de los valores tradicionales y aceptación de algunos modernos. Aunque pueda parecer extraño el mismo Juan Manuel de Rosas unificaba en su movimiento, además de los sectores criollos, la presencia en sus bases populares de grupos de origen vascongado y gallego autodenominados «apostólicos», con la de un brillante intelectual jacobino napolitano que había sido preceptor de los hijos del Mariscal Murat, rey napoleónico de Nápoles, don Pedro de Ángelis.

El dato que merece resaltarse en esta instancia es que entre 1833 y 1840 tiene lugar en España el enfrentamiento civil entre carlistas y liberales, que culminará con la derrota militar del sector tradicionalista y que tendrá como consecuencia inmediata el primer exilio carlista del siglo XIX.

Por algo había dicho Sarmiento viendo el Montevideo de 1846 «buena alianza la roja boina vasca con el chiripá (especie de zara-güelles del paisano criollo)».

7. Carlos VII en el Río de la Plata.

Corta fue la estada de Don Carlos VII en el Uruguay, tierra en la que sin embargo tantos carlistas encontraron cobijo ya fuera militares como Lesmes de Basterrica, Ramón de Artagaveitía, Francisco Javier Gurruchaga, Manuel de Clemente, José Guerra, José Machín, ya sacerdotes como Francisco Azpiroz o Domingo Ereño y hasta el actor dramático sevillano José Valero, que hasta su muerte permanecería fiel a la causa. Corta fue la estancia y

con temporal de agosto, lo que hizo que el Rey debiera remitirse a algunas reuniones y entrevistas como la que tuvo con el arzobispo de Montevideo don Inocencio María Yeregui o la visita que hizo al presidente del Club Católico don Hipólito Gallinal.

El 10 de agosto estuvo Don Carlos en Buenos Aires, siendo recibido en el puerto por los dirigentes católicos Leonardo Pereyra Iraola y Emilio Lamarca. Si bien su recepción no fue oficial, tanto el vicepresidente Carlos Pellegrini como el hermano del presidente de la República, Marcos Juárez Celman, fungieron de anfitriones, mereciendo señalarse que ambos militaban en sectores liberales dentro de la política argentina. Sin embargo algo conectaba a ambos personajes con lo hispánico profundo y se puede demostrar con alguna cita sobre cada uno. Don Marcos, personaje entre excéntrico y cuestionado por sus acciones dentro del ambiente político, tuvo sin embargo la delicadeza de acompañar al Rey a la casa donde nacieron los hermanos Gutiérrez de la Concha, los marqueses del Duero y de La Habana, que habían combatido contra la causa carlista, pero que eran hijos del Brigadier don Juan Gutiérrez de la Concha, héroe de las Invasiones Inglesas a Buenos Aires, gobernador de Córdoba en 1810, y mártir de la lealtad junto con Liniers y otros, ejecutado por el jacobino Castelli, miembro de la denominada Primera Junta de gobierno argentino. Pellegrini —a quien se llamó «el Gringo»— hijo de franco-italiano y norteamericana, siempre tuvo inclinación por las cosas de España, tanto que en la polémica entre taurinos y antitaurinos que acabó con la prohibición definitiva del toro en la Argentina, defendió la necesidad de mantener la Fiesta, como una escuela de valor para la juventud, teniendo paradójicamente la oposición de José Manuel Estrada, descendiente de Liniers, y caudillo del movimiento de laicos católicos en la Argentina.

Asimismo, vale destacar que Don Carlos fue recibido afectuosamente por la sociedad porteña, y que la misma presidencia de la República le dio sitio de honor en el Teatro Colón, el Hipódromo nacional, etc. También, entre otras entrevistas, se vio con Félix Ortiz y San Pelayo, del que luego hablaremos.

8. La reconquista pacífica.

Dos presencias españolas producirán lo que podemos denominar una verdadera «reconquista pacífica»: el mutualismo y el accionar de sacerdotes u órdenes españolas en toda América y particularmente en el Río de la Plata. Más allá de la pertenencia de estricta obediencia o no al tradicionalismo, ambos hicieron auténtica obra de hispanidad de una manera capilar. En Buenos Aires ex-combatientes carlistas participarán en la fundación del Hospital Español, centro de auténtico españolismo aún hoy viviente, y serán los carlistas alma de los sociedades vasconavarras hasta la aparición del bizcaitarrismo, luego nacionalismo vasco.

También se producen asentamientos de familias como las que encabezadas por los vascongados Diego Muñagori y Ciriaco Iturriz solicitan al Ministro del Interior el permiso para establecerse, siendo primero trasladadas al Chubut para luego ser remitidas a la zona rionegrina de Fortín Conesa, tal como nos lo relata Cristina V. Minutolo en su *Política colonizadora de la Provincia de Buenos Aires en la Patagonia*. Así en los pueblos de campaña, sobre todo en las Casas de Ramos Generales, especie de ventas en las cuales se podría encontrar desde una lata de sardinas hasta un arado, se producen verdaderas páginas que hubieran merecido la recreación de una pluma costumbrista del rango de Pereda, que tienen por protagonistas a recios carlistas y sus contendientes, muchas veces masones vernáculos o inmigratorios, los infaltables garibaldinos. Los relatos de las novelas argentinas de la época nos dejan claros testimonios de la presencia del cura carlista, sobre todo en el ámbito pampeano. Yrigoyen confiará en ellos al extremo de hacerlos partícipes de sus planes conspirativos tanto como los liberales los enjuiciarán. De lo que queda rastro en historias locales y aún en obras de cierta importancia como la de Eugenio Cambaceres.

Como ejemplo en un ambiente afín, la campiña oriental, en el Uruguay, podemos dar la pintoresca descripción que Eduardo S. Taborda nos da en su *Salto de ayer y hoy. Selección de charlas*

radiales, lo que sirve para demostrarnos el conocimiento dentro de la población común del fenómeno que estudiamos: «Era teniente cura de la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Carmen, don Pedro García Salazar —vizcaíno de nacimiento— de carácter exaltado y de recia voluntad intransigente, habíase conquistado en aquellos tiempos no muy limpios y tranquilos, según el testimonio del satírico escritor Nicolás Granada, que era su amigo y lo trató muy de cerca, fama de guapo y ‘hombre de pelo en pecho’, entre las gentes poco impresionables por esas cualidades, y pese a que fuera ‘un excelente cura de almas’, buen consejero para los hombres y más aún para las mujeres ligeras de cascos, de cuyas clavijas entendía, porque también era guitarrero, su exaltación de viejo soldado carlista había ganado antipatías entre otros elementos no menos exaltados de las logias masónicas en auge...».

Toda una estampa racial. Ha de hacerse notar al momento en que se inicia la que denominamos «reconquista pacífica» era verdadera doctrina y política de Estado la de la desespañolización profunda y consecuente. Los prohombres de las Repúblicas rioplatenses hacían un verdadero culto de dicha política, que por momentos llegó hasta extremos delirantes, como se puede ver en la polémica que desatara el rechazo de Juan María Gutiérrez a su designación como miembro correspondiente de la Academia de la Lengua —auténtico ejercicio de autodenigración ya que Gutiérrez era hijo de asturiano— que ha tenido y tiene que ver con muchos de los fracasos con que se ha escrito y escribe la historia hispanoamericana.

9. Los enfrentamientos post-independencia y la reconciliación.

Los enfrentamientos post-independencia fueron la contracara de la «reconquista pacífica». No es posible tratar los hechos de México, Ecuador, Guerra del Pacífico, y aun de la intervención en Santo Domingo en detalle. Sin embargo, la denominada «guerra de

Cuba» que se extendió hasta 1898 produciendo la secesión de esta isla, Puerto Rico y Filipinas, además de su incorporación de derecho o hecho a los Estados Unidos, conforme la propia confesión de muchos cubanos sin excluir al mismo dictador Fidel Castro, produjo una constante fuente de irritación entre la inmigración española y los sectores hispanoamericanos partidarios de la independencia cubana.

La respuesta de los españoles en América fue masivamente —aún entre los más extremistas de los sectores republicanos— favorable a la Madre patria. En la Argentina se produjeron masivas colectas para mejorar la flota española con la compra del crucero «Río de la Plata», y del mismo modo se alistaron como voluntarios numerosos combatientes a favor de la causa peninsular.

Sin embargo no dejará de producir sorpresa que numerosos argentinos alarmados ante el crecimiento de Estados Unidos y sin entrar a analizar el problema de la guerra entre españoles y cubanos, se manifestaran a favor los primeros tal como lo aseveró el que luego fuera presidente de la Argentina Roque Sáenz Peña, quien apeló a una solidaridad racial que dejara para más adelante las cuestiones entre hermanos, o como en el caso del general Lucio V. Mansilla, el inolvidable autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, que llegó a ofrecer sus servicios militares al ejército español. Pero no extrañará a quien conozca en profundidad su pensamiento, ya que una década antes había aseverado que la propia independencia sudamericana había sido apresurada.

Estas afinidades naturalmente fueron sentidas más que nada por el propio carlismo que suprimió durante el período su accionar militar subordinando todos sus reclamos a la causa de España.

Producido el «desastre» una voz americana, la del nicaragüense Rubén Darío, se levantará viril profiriendo a través de sus «cantos del optimista» su fe inalterable en el destino de los «cachorros del león».

Un cubano, niño por entonces, Alberto Insúa, recordará medio siglo después en sus *Memorias* los últimos momentos de La

Habana española en estos términos: «No obstante, al cruzar la comitiva frente al café de ‘La Marina’ sucedió una cosa que a todos nos dejó mudos de asombro [...] y [...] nos hizo estremecer: a uno de los balcones de la casa se asomó una mujer joven y muy bien parecida, la cual, agitando frenéticamente una bandera española, gritó con voz vibrante: ‘¡Viva España! ¡Viva!’». A mí se me saltaron las lágrimas, y aún ahora, al (recordar) el episodio, me invade la emoción más profunda. Esa mujer me hizo pensar en María Pita, en Agustina de Zaragoza; me pareció España misma que gritaba: ‘¡No me he muerto y parte de mi alma permanece aquí!’».

El próximo ítem en las relaciones hispanoargentinas será el del centenario de 1810. En dicha ocasión se va a producir la visita a la Argentina de la Infanta Isabel, la Chata, lo que producirá una verdadera corriente de adhesión hispanista que hasta hace muy poco era recordada muy gratamente por la mayoría de los argentinos, que no entraban en distingos sobre la legitimidad.

Fue también este el tiempo de una reivindicación hispanófila hecha desde determinados sectores del liberalismo argentino. Así, José León Suárez con su «Ateneo iberoamericano» y su análisis del 25 de mayo de 1810, punto de partida de un primer revisionismo sobre la revolución americana, al que se sumaron numerosos intelectuales de la época entre los que podemos citar a Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Enrique Larreta, Manuel Gálvez, etc. Como puede verse, un socialista, un liberal, un conservador, y hasta un anarquista «tolstoiano», a todos los unía el sentimiento reivindicatorio de las raíces y el rechazo por la colonia mercantilista y anglofrancesada que había hecho un culto del desarraigo que decíamos más arriba. Quizás más no se les podía pedir y no fue poco su fruto ya que de esta corriente se va a plasmar el Decreto del 4 de octubre de 1917 por el cual se instituye el Día de la Raza, que de algún modo pone fin a un monopolio antiespañol de los festejos patrios en la Argentina, hoy en lamentable retroceso. Vale la pena citar alguna afirmación de Hipólito Yrigoyen que contiene el espíritu que se plasmó en dicho decreto. Así, al dirigirse a la

exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 afirmó: «Muy grato nos será siempre ir hacia España. Que supo irradiar en América, después del homérico hallazgo, su espíritu, su genio y su carácter».

Parecen resonar en estas palabras las enseñanzas que los curas vascos del Colegio San José, de notoria fama carlista en la Buenos Aires de aquellos años, inculcaron en su discípulo, luego Presidente de la Argentina.

También en 1910 visitó Buenos Aires don Ramón María del Valle Inclán, quien además de sus actividades literarias desarrolló un proselitismo carlista entre sus correligionarios que lo homenajearon con un sonado banquete.

En aquellos años en Buenos Aires figuraban destacadamente entre otros los siguientes adherentes al tradicionalismo español: Manuel Tristany, que había publicado *El catolicismo y el socialismo en la América del Sur*, con dedicatoria «al clero y a los hombres ilustrados», frente a la «propaganda contra el catolicismo y la autoridad», que pretendía «colocar fuera de la ley a todo lo que sea español», e identificaba a la desespañolización con el exterminio de un sector que le ha dado «vida al pueblo...». Francisco de Paula Oller, también se distinguió —como han dicho los otros estudiosos del carlismo rioplatense citados en este trabajo— siendo fundador de el periódico *El Legitimista español*, presidente del Círculo Tradicionalista de Buenos Aires, y representante en esta ciudad del Rey Don Jaime. Francisco Durá, redactor del diario católico *La Unión*, y corresponsal de Marcelino Menéndez y Pelayo, se ocupó en exaltar a distintas personalidades del catolicismo argentino y analizó las relaciones entre Estado e Iglesia en España e Hispanoamérica. Félix Ortiz y San Pelayo publicó diversos trabajos de encendida defensa de la Iglesia Católica y de la acción de los españoles en el Río de la Plata. Finalmente la escritora asturiana Eva Canel recogió sus escritos en un voluminoso libro *Por la justicia y por España*.

No es de extrañar en ese ambiente de renaciente hispanidad que había sido avivado por el legendario viaje del «Plus Ultra», la mayor manifestación de masas habida en la ciudad de Buenos

Aires hasta el sepelio de H. Yrigoyen, que éste mismo dirigiera el siguiente telegrama al General Millán Astray en su viaje de regreso a España: «'Vibran todavía en mi espíritu su íntimas y comunicativas expresiones de intensa y cálida comunidad por nuestras naciones, cuando me llega su gratísimo mensaje, que retribuye efusivamente al noble soldado, exponente glorioso del heroísmo de la raza'. H. Yrigoyen, Presidente de la Nación Argentina».

10. Ramiro de Maeztu.

A fines de la década de 1920, y como representante del gobierno del general Miguel Primo de Rivera llegará a Buenos Aires Ramiro de Maeztu. Su presencia entre nosotros reaviva la noción de la «afinidad» con el carlismo o el tradicionalismo que venimos sosteniendo en este trabajo.

El autor de la *Defensa de la Hispanidad* se convirtió en el Río de la Plata en una figura de referencia que fue sembrando las bases para la superación de la mera reivindicación que había iniciado el hispanismo liberal y que encontraba en él el nexo vinculante con la tradición perenne de las Españas. Su influencia no se limitó a los sectores gubernamentales de cuño hispanista, sino que abrió camino para el surgimiento de determinadas corrientes políticas e intelectuales que darían nacimiento al revisionismo histórico y al nacionalismo argentino en la década de 1930. Enrique Zuleta Álvarez ha dado puntual referencia de todo este proceso, siendo el grupo de «La Nueva República» (los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio), el principal receptor de dicha influencia.

Si sumamos a la presencia de Maeztu la de don Zacarías de Vizcarra, feliz coautor del resurgir del término Hispanidad, vemos que puntualmente se estaba gestando una recuperación de esa conciencia católica e hispánica que haría eclosión en el «Congreso Eucarístico» de 1934, en el que tuviera especial relevancia el obispo Isidro Gomá, quien el 12 de octubre del mismo año pronunció en

el Teatro Colón de Buenos Aires el discurso conmemorativo de la Fiesta de la Raza: «Apología de la Hispanidad». Al respecto nos dice Eugenio Vegas Latapié en sus memorias: «En la mañana del 13 de octubre, encontrándome yo en la redacción de *La Época*, preocupado en la ordenación de la carga de noticias que nos llegaban de Asturias, me anunciaron la visita de don Ramiro de Maeztu. Fue grande mi sorpresa. Nos veíamos todas las tardes en la tertulia de «Acción Española», acudía yo a su casa cuando queríamos hablar con mayor reserva, pero nunca había ido a verme al periódico. Llegaba emocionado. —¿Ha oído por la radio la crónica del Congreso Eucarístico de Buenos Aires? No la había oído. A la vista de su interés y de su emoción, no me atreví a decirle que el aluvión de las graves noticias llegadas de Asturias me impedía prestar atención a lo que ocurriera en el Congreso que se estaba celebrando en Argentina. Según me refirió Maeztu —embajador en aquel país algunos años antes—, el arzobispo de Toledo don Isidro Gomá y Tomás, en la conferencia que pronunció el Día de la Raza en el teatro Colón, de Buenos Aires, había mencionado varias veces a Maeztu e incluso citado párrafos de su libro *Defensa de la Hispanidad*, editado por nosotros [...]. Me pidió don Ramiro un artículo, y, a pesar de estar absorbido por otras preocupaciones, recuerdo que lo escribí. He olvidado por completo su contenido, que sería, ciertamente, encomiástico para el ilustre amigo...».

Otra figura importante dentro de la organización del Congreso Eucarístico fue el pbro. Dionisio Napal, hijo de carlistas —del mismo modo que lo fueron el ingeniero Rómulo Ayerza o el historiador Rómulo D. Carbia—, y que había participado activamente en la organización de los Círculos Obreros del Padre Grote, matriz del catolicismo social en la Argentina.

Nos parece interesante destacar la intervención de Monseñor Napal en los actos marianos de Luján que un texto de la época nos describe: «Con entusiasmo inigualable y en un clima indescriptible de fervor y devoción marianos en todos los niveles, fueron celebrados los trescientos años del Milagro de Luján. Todo el año 1930

fue dedicado a rememorar y agradecer el evento religioso de 1630. Pero se eligió el mes de octubre como tiempo más apropiado. Se consagró una semana entera de solemnidades y celebraciones. Las notas y tañidos del sonoro campanario constantemente invitaban a fiesta. Se abrió la Gran Semana Lujanense del Tricentenario, domingo 5 de octubre, con la proclamación de Nuestra Señora de Luján como Patrona de las tres repúblicas del Plata: Argentina, Paraguay y Uruguay. A principios de 1930, Monseñor Francisco Alberti, Obispo diocesano de La Plata y de Luján, había solicitado en nombre de todo el Episcopado argentino, uruguayo y paraguayo al papa Pío XI, que se dignara declarar oficialmente a la Virgen de Luján Patrona de las tres Repúblicas. El 5 de octubre el mismo obispo platense, en ausencia del arzobispo de Buenos Aires, Bottaro, postrado por la enfermedad, asumió la representación de todos los arzobispos y obispos de los tres países y proclamó (por bula de Pío XI, del 8 de setiembre de 1930), a la Virgen de Luján como Patrona Celestial ante Dios. Enfrente de la Basílica, colmando la plaza Belgrano, monseñor De Andrea, obispo titular de Temnos, enardeció a la multitud con su verbo cálido y vibrante y luego, Monseñor Dionisio Napal, tomó el juramento multitudinario, aceptando a María de Luján como patrona y celestial protectora del pueblo argentino. Imponente fue el gesto y el grito. A indicación de monseñor Napal, con la mirada fija en la Basílica y con el brazo derecho en alto, resonó por tres veces el sí juramos de fidelidad a Dios y a la Virgen. Las campanas (fabricadas en Milán), se echaron a vuelo, y la banda entonó los himnos patrios de las tres Repúblicas. Junto al trono de la Madre, los venerables pastores de las Iglesias argentina, uruguaya y paraguaya, para depositar allí los anhelos y votos de sus pueblos. El nuncio apostólico, Mons. Felipe Cortesi, delegado papal para estas solemnidades, celebró el pontifical. Mons. Aragone, arzobispo de Montevideo, ocupó la cátedra sagrada. Actuó en la parte coral la Sociedad Polifónica Romana, bajo la dirección de monseñor Rafael Casimiro Casimiri. La visita del Legado Pontificio a Luján, el 15 de octubre de 1934, cardenal Eugenio Pacelli, rubricó un día glorioso en los anales de

preclaros peregrinos. 'Nuestra Señora de Luján fue declarada Patrona Oficial del XXXII Congreso Eucarístico Internacional'. A la Virgen de Luján le fue dedicado el sábado 13 de octubre».

Como simple dato anecdótico y vista la procedencia vasconavarra de la mayoría de los citados valga aclarar que no solo hubo vascos entre los carlistas inmigrantes, sino también un importante grupo de catalanes —familias como Bargalló o Tristany que también se integraron a la sociedad porteña. Y grupos de españoles «en general», simpatizantes de la causa, como los fundadores de la Sociedad Española «La Marina», creadora del tradicional club de remo del Tigre: «Club de Regatas La Marina» —cuyos colores gules y plata (rojo y blanco) son un recuerdo del carlismo de sus fundadores. Sin perjuicio de ello acompañamos en el apéndice I el texto «El exilio en la conformación del clero argentino. El caso vasco (1840-1940)», de Óscar Álvarez Gila en uno de sus capítulos más pertinentes, pero que puede leerse con interés de manera completa.

11. República y guerra española en el Río de la Plata.

El proceso que abrió la implantación de la República Española el 14 de abril de 1931 halló su fin en el levantamiento iniciado en Melilla el 17 de julio de 1936, con la primera unidad sublevada del Ejército de África. Vale la pena recordar, aunque más no sea de pasada que algunos militares argentinos habían combatido como voluntarios durante la década del 20 en Marruecos. Sus nombres no tienen la trascendencia que adquirieron otros combatientes americanos en aquella guerra, como el del Teniente Coronel Sánchez Cerro, Presidente de la República del Perú en la década del 30 con quien colaborara el recordado maestro don Alberto Wagner de Reyna, o el del ecuatoriano Francisco Suárez Veintimilla, cuyos compatriotas lo evocan así: «Francisco Suárez Veintimilla es considerado en Ecuador como uno de los símbolos de la hispanidad

en su máxima expresión de heroicidad, hasta el punto de entregar su propia vida por ella en pleno siglo XX, superando cualquier concepción chauvinista y acoplándose a un ideal trascendente, superior y por tanto supranacional, juntamente con el resto de combatientes, patriotas y héroes quiteños y ecuatorianos que lucharon desde hace cinco siglos por la patria grande y por la patria chica en Europa, América y hasta en África por la honra y la gloria de su sangre, de su estirpe, y de su ser verdadero».

De la profundidad de su doctrina hispánica hablan a las claras sus propias palabras: «Los pueblos de América en vos (Madre Patria) sus ojos tienen fijos, y 'hay mil cachorros sueltos del león español' (como dijo el gran poeta americano) que viven y sienten y se enardecen con las mismas glorias que vosotros, con vuestra historia, que es también la nuestra, y con ella íntimamente unida llegará ¿por qué no creerlo con toda fe y esperanza?, a ilustrarse otra vez en una nueva época de mayor y más glorioso apogeo de la raza hispánica en ambos continentes» (Francisco Suárez Veintimilla, 1921).

Dicho levantamiento supuso de hecho como decíamos el fin de la República española y de su caótica experiencia, desembocando en la conocida mundialmente como «guerra civil española» o «Cruzada».

En nuestros países su repercusión fue si no mayor, quizás igual al de la segunda guerra mundial. La población se dividió no solo entre españoles y hombres de filiación hispánica, sino entre los habitantes en general. Así lo recordaba el escritor argentino Arturo Jauretche, testigo presencial de aquellas circunstancias: «Recuerdo, para la época de la guerra civil española, que la Avenida de Mayo se convirtió en el escenario de encuentro de los bandos peninsulares, y es por demás conocida la historia de los combates entre los habitués de la confitería del Hotel Español (rebeldes), y los del café 'Mundial' (leales) que, ubicados en las dos esquinas sur de la calle se embestían de palabra para terminar dando sucesivas cargas, si no a la bayoneta, con mesas, sillas y puños. Hasta que se debió tender un cordón policial entre los dos bandos».

Varias organizaciones sostuvieron en Buenos Aires la causa nacional, a la que también se denominaba «rebelde» en el lenguaje de la época. Así, la «Organización Monárquica Española de Beneficencia» que dirigía la Princesa María Pía de Borbón de Padilla, la «Agrupación Monárquica Española» (alfonsina), el «Centro de Acción Española» (ídem), los «Legionarios Civiles de Franco», que dirigía Soledad Alonso de Drysdale, «Agrupación Tradicionalista Española», aparecida a mediados de los años 30, publicándose además en esos años el periódico «Boina Roja». Surgió también en aquellos días una primera delegación de la «Falange Española de las JONS», que posteriormente, y siguiendo el Decreto de Unificación devendría en «Falange Española Tradicionalista de las JONS».

Ninguno de los distintos grupos citados en primer lugar, además de ocuparse con mayor o menor resultado en la captación de fondos, renunció a la difusión de su propaganda política, manifestando públicamente su negativa a integrarse en la nueva «FET de las JONS». A pesar de que un sector minoritario de los carlistas se unió al partido único, la «Agrupación Tradicionalista Española», como decíamos, mantuvo su organización, su sede y sus órganos de propaganda, expresando su rechazo a las políticas de partido, su animadversión hacia el fascismo e, incluso, que su apoyo a Franco estaba condicionado a que éste aceptara su programa político y social.

Dentro de la política argentina distintas organizaciones de las conocidas como «nacionalistas» dieron su apoyo a los sublevados del 18 de julio, y fueron sus expresiones escritas más importantes *Clarínada*, *Crisol*, *Sol y Luna*, entre otras. También numerosos conservadores y algunos radicales adhirieron al bando «nacional».

Importante y destacado fue también el apoyo a esa causa de la Iglesia en su faz institucional así como la de sus intelectuales más importantes en ese momento. Valgan como ejemplo Gustavo Franceschi, Leonardo Castellani, Julio Meinvielle, autor del libro *¿Qué saldrá de la España que sangra?* En el resto de la intelectualidad argentina se pueden destacar: Carlos Ibarguren, Leopoldo Marechal, Vicente Sierra, Miguel Camino, Manuel Gálvez, Pilar de Lusarreta,

Enrique Osés, y Ramón Doll, sin que faltaran algunas figuras artísticas como Lola Membrives y Tita Merello.

12. La posguerra.

Finalizada las guerras española y mundial la República Argentina ingresó en un período de su historia conocido como la «década peronista», y que es del todo punto imposible tratar en este trabajo, pero sin embargo, merece apuntarse que a partir de 1946 la política oficial del Estado argentino fue manifiestamente proclive a definirse como de una filiación hispana y católica. Esto último sin perjuicio de reconocer el grado de conflictividad que en determinado momento —finales de la década— hubo entre el gobierno y la Iglesia Católica; repetimos que de todos modos no corresponde a las características de esta ponencia dicho tratamiento.

Al respecto nos ha parecido importante reproducir las impresiones que a un dirigente carlista del abolengo del de don Jesús Evaristo Casariego produjo la visión de aquella Argentina, y que se puede consultar en el apéndice II.

Vale la pena también remarcar que durante esta etapa numerosos políticos e intelectuales provenientes del nacionalismo, la Acción Católica, y otros sectores colaboraron con el gobierno argentino, destacándose entre ellos la influencia que el tradicionalismo había ejercido anteriormente. Figuras como la de José Figuerola, o el general Guillermo Mohr o hasta Villaluenga, director que fuera del diario católico *Los principios* de Córdoba, son testimonio de lo que arriba decíamos.

13. Conclusiones.

En una reciente visita a Buenos Aires Su Eminencia Reverendísima, el cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de

Madrid, nos decía que «el pacto o alianza establecido entre los pueblos español y argentino desde sus inicios, y el continuo afianzamiento en esa relación [...] no hace sino recordar nuestra alianza eterna con Dios». Por tanto alianza entre pueblos cristianos.

Esa alianza es la que explica el por qué de esta esquemática aproximación que iniciamos bajo el signo poético de los cantos optimistas de Rubén Darío. Por tanto, alianza entre pueblos hispanos.

Y sobre ello queremos reflexionar finalmente. ¿Cuál puede ser la función del Carlismo en la organización de una nueva comunidad de pueblos, que por descontado consideramos cristiana como arriba decíamos? Quizás subrayar la misión que posee la sociedad civil para organizarse de abajo a arriba y continuar levantando el pensamiento tradicional frente a los mitos recurrentes del «estatismo» o el «mercadismo», del liberalismo o el socialismo.

Ahora bien, para poder llevar adelante dicha misión es preciso revisar, aunque más no sea brevemente, lo planteado en nuestra «Cronología...» y poder así verificar el real peso de su presencia en el ayer pensando en su posible proyección en el mañana.

Primera.- El carlismo se encarna «en la presencia española» y especialmente «católica», pero nos parece que no podemos hablar estrictamente de «carlismo» sino mejor de «carlistas» en el Río de la Plata que se expresan a través de la militancia religiosa y patriótica —sea hispánica o regional, siempre en forma concurrente y no separatista— pudiéndose eso sí registrar, en numerosos casos, una doble afiliación en el caso de la identidad política; esto es: la monárquico-tradicional de cara a España, y una opción alternativa, diversa según los tiempos pero siempre coincidente, salvo casos excepcionales, con los movimientos y sectores afines al tradicionalismo, con mayor o menor rigor, en el ámbito de las repúblicas sudamericanas. Para decirlo con un ejemplo: un español, aragonés y carlista, será en el Uruguay de 1900, por ejemplo, a un tiempo leal seguidor de la bandera de Don Carlos, miembro de «La Cofradía del Pilar» de su parroquia de residencia, integrante de la «Asociación Española de Socorros Mutuos» de su pueblo o ciudad, y afilia-

do al Partido Blanco o Nacional, que —como nos decía Ernesto La Orden Miracle— si bien no puede ser considerado tradicionalista en el sentido peninsular, es el que más afinidades en general presenta para un seguidor de ese credo.

Esto nos parece una constante que surge de nuestra incipiente investigación del tema. En ningún momento pareciera que se trata de implicar en la contienda planteada en España sobre la legitimidad monárquica a las repúblicas americanas. Se trasunta esto último, aunque parezca de poca importancia el ejemplo elegido, en el ofrecimiento a Don Carlos VII de álbumes recordatorios de sus súbditos residentes en América en los que se puntualiza por ejemplo: «Residentes en las Repúblicas del Plata», lo que nos parece indica un reconocimiento de esa condición que de algún modo separa la posibilidad del accionar político, limitándolo a la perspectiva peninsular.

Segunda.- En segundo lugar, nos parece que el hecho de la Cruzada envolvió, para la mirada de los hispanoamericanos en general a todos los contendientes del bando nacional en una apretada síntesis en que la figura de Franco y el accionar de las corrientes juveniles emergentes de la guerra tuvieron el lugar preponderante, quedando el tradicionalismo y sobre todo la figura heroica y casi mitológica del requeté como un mero testimonio de la España eterna. Numerosas son las fuentes gráficas y periodísticas hispanoamericanas que así lo pueden afirmar.

Tercera.- Tomando ya América en su conjunto y teniendo como simple ejemplo el rioplatense se podría concluir que para la misma y en este momento, el carlismo posee una calidad teórica y doctrinaria que muy especialmente debe ser subrayada en los aspectos que hacen a la organización institucional, a la cuestión social e indígena —de clara vigencia en las atormentadas tierras que sufren procesos como el venezolano, o el boliviano— y a la problemática confesional. Debiéndose en consecuencia postular que puede el carlismo puede ser visto como el agente doctrinal que permita el avance hacia el surgimiento de una unidad política

que agrupe a todos los pueblos hispánicos —no interesando cuál sea su condición actual con referencia a la soberanía estatal— en un gran espacio vertebrado por la Monarquía que instaura en Cristo.

Aparece, así, como la esperanza, aún no conocida del todo, quizás como la propia etimología del nombre «España», la metida en la tierra, la conejera, la oculta. Oculta, sí, pero existente y dada esa vigencia es que el Rey puede llamar a su gente a volver a ser. Pese a todo, ellos permanecen abrazados a su fe antigua, y el Sagrado Corazón y la Virgen, siguen siendo sus amores más entrañables. Solo falta quien los haga carne viva e institución actuante.

La presente «Cronología...» es simplemente una primera aproximación al ordenamiento de los datos colectados, de los que aquí se da una muestra, para poder en su momento dar por acabada la historia de la presencia carlista en el Río de la Plata.

14. Apéndice 1.

El exilio en la conformación del clero argentino. El caso vasco (1840-1940), por Óscar Álvarez Gila,

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/08141696599725006317857/p0000001.htm>

«[...] El hecho de que uno de los representantes de liberalismo más rabiosamente laicista del siglo XIX argentino se tomara la molestia de satirizar a este, en principio, pequeño grupo de sacerdotes extranjeros, nos da pie a suponer que eran suficientemente conocidos personalmente y como colectivo. Es evidente que habían llegado noticias sobre el desarrollo de la guerra en España, y más en Argentina, donde la existencia de una gran colonia española hizo que se siguiera con más atención que en otros lugares; por lo tanto, el apelativo 'carlista' y su significado no eran desconocidos en el país.

Dos ideas, no necesariamente excluyentes, se derivarían entonces de esta sátira: o bien que los sacerdotes carlistas eran lo suficientemente importantes en número como para no pasar desapercibidos; o bien que su actuación pública, ya en la Argentina, fue lo suficientemente revelante como para que alguien decidiera retratarlos así.

De hecho, la descripción de Cambaceres nos muestra a un personaje que, indudablemente vasco ('cuadrado de cuerpo', en una alusión a la fortaleza física que se les asignaba como característica peculiar), es un conservador en materia política ('cuadrado de cabeza') y religiosa (una fe 'pomposa'), y beligerante en extremo en su defensa ('de cuchillo en la liga'). Quizá esta beligerancia antiliberal, indudable en España, y con toda seguridad trasplantada a Argentina, es la que explica esta muestra de inquina liberal.

Es decir, que como afirmábamos anteriormente, para comprender el antiliberalismo militante de estos curas vascos en Argentina, y en especial su carácter de beligerancia, necesitamos remontarnos a su ideología política y su actuación en este campo en las fechas anteriores a su llegada al país. No debemos olvidar que precisamente la causa de su exilio había sido la participación activa en una guerra antiliberal, lucha dialéctica para la mayoría, pero en la que no faltaron casos de sacerdotes que empuñaron las armas.

Proyección.

Paradójicamente, el ejemplo más destacado pertenece al exilio de la primera guerra, y se trata del ya mencionado Domingo Ereño. Su biografía, ampliamente conocida en la Argentina, se resume en una constante actividad política, simultaneada con la puramente eclesial.

Sacerdote vizcaíno, ex capellán del propio pretendiente Carlos V, tras la derrota se afincó en el Uruguay en 1842. Allí, al igual que el batallón 'Voluntarios de Oribe', formado por vascos carlistas, se alistó con este caudillo en su lucha contra Rivera y el sitio de Montevideo. Años más tarde, en 1853, pasa nuevamente exiliado a Entre Ríos. Allí se granjea la amistad del propio Justo José de Urquiza. Párroco en Concepción del Uruguay, en Villaguay y vicario

foráneo de Entre Ríos hasta 1869 en que, 'siendo amigo particular de López Jordán y sintiéndose identificado con sus principios, prefirió retirarse de (Concepción del) Uruguay antes que afiliarse a la oposición del gobernante'. Falleció en Buenos Aires, el 27 de marzo de 1871, por la fiebre amarilla.

En la segunda guerra, la falta de un personaje bandera exiliado en Argentina se compensa con la llegada de un mayor número de sacerdotes anónimos. Los encontramos, una vez instalados, como párrocos o curas repartidos por la campaña bonaerense y en las iglesias de la capital; a los religiosos, en los dos colegios privados más importantes de Buenos Aires, como son el 'San José' o 'de los vascos' (a pesar de que, para estas fechas, los vascos ya no suponían la mayoría ni entre el profesorado ni entre el alumnado), o el recién incendiado 'del Salvador'.

Como mencionamos al principio, esta distribución geográfica y de actuación permite que la influencia pueda rastrearse en muy diversos niveles.

Así, tenemos casos que rayan la anécdota, como el del hermano bayonés Basilio Ripa, antiguo militar carlista navarro que, en el exilio francés, toma el hábito y es destinado a Buenos Aires. Cuando, en 1895, sea obligatoria por ley la instrucción militar en los colegios secundarios, 'mesié Ripa' será uno de los preparadores. En el uniforme que adoptan estas milicias colegiales, curiosamente, se adoptó como tocado la boina, carlista.

En el mismo campo de la educación, sería necesario analizar el papel que se ejerció desde estos y otros colegios en la conformación de los futuros dirigentes de la política católica. Sabido es que, en estos colegios, la educación se impartía no sólo en los contenidos, sino en un modo más integral, dirigido a más ámbitos de la persona que el intelectual. El mismo hermano Ripa fue, durante años, consejero espiritual de alumnos y, cuando abandonaban el colegio, de ex alumnos.

No contamos con un estudio específico sobre el particular, pero un indicio tan evidente como la lista de ex alumnos del cole-

gio 'San José' que ocupan posteriormente cargos políticos, muchos de ellos en posiciones cercanas a las defendidas por la Iglesia, invita a tomar en cuenta esta posibilidad.

De la misma manera, habría que contar con estudios locales que revelaran la influencia de la ideología política de los sacerdotes repartidos por la campaña, desde su atalaya privilegiada, en el devenir de las poblaciones donde se instalaron. E igualmente, también habría que estudiar detenidamente a aquellos eclesiásticos argentinos hijos de emigrantes carlistas, que viven en este ambiente, para calibrar hasta qué punto dicho ambiente se deja ver en su actuación posterior.

Tenemos un ejemplo destacado, el de monseñor Dionisio R. Napal, hijo de ex combatiente carlista, nacido en Argentina, vinculado al centro vasco-argentino 'Laurak Bat' de Buenos Aires, hombre de altísima cualificación intelectual y de actuación pública destacada en los Círculos Católicos de Obreros.

15. Apéndice 2.

Pasado, porvenir y Misión de la Gran Argentina, por J. E. Casariego, ed. Cultura Hispánica, s/f.

«Esto lo sintieron siempre —aunque no de manera clara y consciente— las mejores cabezas argentinas. Hasta el mismísimo antiespañolismo furibundo de Sarmiento late, irreprimible y magnífica, una soberbia personalidad hispánica, descontenta y rebelde contra el medio decadente de su tiempo. Y hace veinte años, un catedrático argentino, el Doctor don José León Suárez, en un trabajo sobre Mitre, lo decía sin ambages ni rodeos: 'Solamente cavando en la roca viva del hispanismo y empleando como cal hidráulica el espíritu de esta civilización milenaria con respecto al mundo, y tricentenaria con respecto a América, podía y puede levantarse el hogar que definitivamente cobijará a la gran familia argentina'.

Observemos, para reafirmar todo lo dicho, cual fue la formación histórica de la vieja España peninsular, que culminó en el magno ciclo de los siglos XVI y XVII. ¿Es que, acaso, hubo en España una unidad racial, una pureza de sangre y una unidad de cultura, cerradas a las corrientes del mundo exterior? No, de ninguna manera. Sobre los diversos fondos de la barbarie indígena remota se vierten y entremezclan las razas y las culturas más diversas: el aluvión de sangres y métodos colonizadores que traen la conquista de celtas, iberos, tartesiotirsenos, púnicos, helenos y romanos; las invasiones nórdico-germanas; la babel de los pueblos árabes, moros, persas, etc., que nos soplan los vientos del Islam; los judíos también. Y de ese caos de sangres, razas, religiones, culturas, modas en influencias diversas, sale la vieja España unida y en orden de los reyes Católicos [...].

La Argentina, tras una evolución muy semejante, está ahora viviendo lo que podríamos llamar la etapa preimperial de su historia, comparable, con las reservas lógicas del tiempo y espacio, a la que vivió España a finales del siglo XV [...]. ¿Será necesario insistir en el paralelismo? La Argentina, puede afirmarse sin temor, no hace más que proseguir en el siglo XX el proceso histórico de lo hispánico en el mundo, cortado hace siglos por la derrota y la ruina del Imperio Español, al que fatalmente sucede esta hija de la hispanidad americana. La Argentina está, pues, en esa etapa que aquí califico de preimperial, semejante, como acaba de verse, en tantos aspectos a la de la vieja España europea del siglo XV.

Ortega y Gasset, uno de los más agudos vedores de nuestro tiempo, lo vio así hace ya unos cuantos años, cuando escribió en *El Espectador* (VII, 217): 'El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no, pero es sobremanera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial'.

Ved si no el ideal constructivo de la nueva y grande Argentina hispánica de hoy, plasmado en las palabras inolvidables que el jefe de su Estado y constructor de su pueblo pronunciara en Buenos Aires en el homenaje a Cervantes (12 octubre 1947): 'Los pueblos de la hispanidad —dijo el General Perón— también constituíamos una unidad y también vivimos dominados por la pasión patriótica. Tenemos mucho en común que defender: unidad de origen, unidad de cultura y unidad de destino. Vivimos hermanados por vínculos de idioma, de religión, de cultura y de historia. Estas identidades deben impulsarnos a una empresa universal que, desbordando los límites geográficos aislados, integre la verdadera unidad espiritual de los pueblos hispanos [...]. Hoy más que nunca debe resucitar D. Quijote y abrirse el sepulcro del Cid Campeador'.

Y esa unidad y esa grandeza del futuro imperial de América ha de edificarse sobre los nobles materiales de la cultura y de la civilización hispánicas. Así lo dijo también el primer magistrado argentino en su discurso memorable a las Universidades del país (14 de noviembre 1947): '[...] Pero España supo librar las esencias de la antigüedad y construir monumentos imperecederos que han sido el germen de las culturas de nuestro continente. Del maridaje de dioses y héroes, filósofos y artistas de la vieja Atenas; de los reflejos imperiales de la antigua Roma redimida por el Signo y la Cruz; de la fusión de la Ley de Dios y del Derecho romano que supo amalgamar con sentido ascético y caballeresco nuestra madre España, ha de salir de nuestra tierra americana, por la unión de su ancestral señorío y nuestra esplendorosa juventud, la nueva fórmula humanística que eleve al hombre a las más altas cimas de la civilización moderna...Tenga aun fuerzas (la Universidad argentina) para llegar al corazón de Castilla y decir con acento criollo y fe cristiana: ¡España, madre nuestra, hija eterna de la inmortal Roma, heredera directa de Atenas, la grácil, y de Esparta, la fuerte: somos tus hijos del claro nombre; somos argentinos, de la tierra con tintineos de plata, que poseemos tu corazón de oro. Como hijos bien nacidos salidos de tu seno, te veneramos, te recordamos y vives en noso-

tros! Precisamente porque somos hijos tuyos sabemos que nosotros somos nosotros. Por esto, sobre lo mucho que tú nos legaste, hemos puesto nuestra voluntad de seguir hacia arriba para escalar nuevas cumbres y conquistar nuevos laureles que se sumen a los ya eternos que ya supimos conseguir. Por esto abrimos de nuevo las viejas arcas que guardan los restos de la cultura que esparciste por el mundo a la sombra de banderas flameantes defendidas por espadas invencibles. Nosotros, los argentinos, tus hijos predilectos, hemos labrado en el frontispicio de nuestras universidades una leyenda de imperial resonancia, una leyenda de filial gratitud y de sabor hogareño, una leyenda que dice: *No se pondrá jamás el sol de nuestra cultura hispánica*.

Tales hermosas y profundas palabras del caudillo argentino, que todos los españoles bien nacidos debemos de hacer nuestras y aplaudir sin reservas. Y aquí también surge una observación interesante. El general Perón es, sobre todas sus demás excepcionales cualidades, un hombre de acción. Pues bien: sabido es que cuando las teorías y las especulaciones de los intelectuales, de los teorizantes, llegan a formar un ambiente, esto es, a tener madurez histórica, surge siempre el caudillo, el hombre de acción, que las empieza a poner en práctica, bien desde la oposición, bien desde el Gobierno, pero siempre realizando un acto revolucionario. Fijaos bien que cuando empiezan a madurar los ideales del hispanismo, el sentido nacional de la personalidad en el mundo, de los pueblos hispánicos de América, es precisamente un presidente de la Argentina el primero que lo proclama y lo practica así, como parte esencialísima de los primeros pasos que da la gran nación por la senda de esa vocación imperial, de ese destino peraltado que le anunciaba Ortega y Gasset y que ya había pedido hace algunos lustros un poeta, un vate (que vaticina el porvenir) insigne y renovador, Rubén Darío, quien también soñó con esa unidad hispánica bajo el triple lema de la fe, la lengua y la cultura: *¡... Que la raza esté en pie y el brazo listo, / Que va en barco el capitán Cervantes / Y arriba flota el pabellón de Cristo!*»